

La tentación de Occidente

André Malraux

La tentación de Occidente

TRADUCCIÓN DE EVA ALADRO VICO



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



Título original: *La tentation de l'Occident*

La tentación de Occidente
André Malraux

Primera edición: abril de 2017

© de la traducción, Eva Aladro Vico, 2016
© de la introducción, Eva Aladro Vico, 2016
© de las ilustraciones, Santiago Eiroa Pazos, 2017

© de la edición, Editorial La Umbría y la Solana, 2017
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent y Feliciano Novoa Portela
Diseño y composición, Raúl Areces

© de la ilustración de la cubierta, Santiago Eiroa Pazos

ISBN: 978-84-946988-1-1
Depósito legal: ...

Impresión: Namac Comunicación
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

André Malraux, las imágenes llameantes que cambian la mirada	
Eva Aladro Vico	9
La tentación de Occidente	
André Malraux	35
Cronología de la época	119

**André Malraux, las imágenes
llameantes que cambian la mirada**

Eva Aladro Vico

«El hombre tiene necesidad de verse
formado por el espíritu»

André Malraux (1901-1976) publica *La tentación de Occidente*, novela epistolar, en 1926, tras una primera novela auto-editada que tituló *Lunas de papel*. *La tentación de Occidente* significa el despertar de Malraux como fabuloso crítico cultural a la vez que novelista de tierras exóticas, y es la primera gran muestra del talento del pensador, novelista, historiador y analista de arte francés, cuya escritura era capaz de construir esas imágenes llameantes que nunca olvidan sus lectores y que cambian para siempre, definitivamente, nuestra manera de mirar al mundo.

Hombre polifacético como pocos, soldado de la resistencia, político bajo el mando del general De Gaulle, ministro de cultura esencial en la sociedad francesa y en la cultura planetaria de mitad del siglo XX. Aventurero, viajero incansable, coleccionista de arte, lector profundo de todas las expresiones artísticas, en él no podemos separar al pensador y al literato. Capaz, como otro de los grandes autores de la Francia de entreguerras, Antoine de Saint Exupéry, de crear un lenguaje nuevo, un lenguaje propio, para la expresión de su avance estético y metafísico. Un lenguaje pleno de imágenes, una colección de escenas que sin

duda marcan ese museo imaginario del siglo que él descubrió como concepto, en su faceta de experto en el arte de todos los tiempos.

Hombre total, no es posible determinar si su actividad novelística (con títulos como *La condición humana*, *La esperanza*, *El tiempo del desprecio*, *Camino real*, *Los conquistadores*, *Los nogales del Altembourg* y *Las voces del silencio*) en medio de los conflictos bélicos de comienzos del siglo, que vivió y en los que tomó parte incesantemente, es superior a su calidad como ensayista, historiógrafo o crítico histórico, como filósofo del arte, y como esteta. Sus tratados *El museo imaginario*, *La metamorfosis de los dioses* y sus *Antimemorias* acuñan algunos de los conceptos categoriales con los que hoy podemos comprender la cultura moderna, culminando su humanismo en forma artística y estética. Su idea del renacimiento constante de las formas míticas y las imágenes esenciales del ser humano, en las creaciones artísticas redescubiertas por los arqueólogos o generadas por los innovadores, que conforman por primera vez en la historia humana un museo imaginario mundial de formas, dentro del que vivimos, es un universo total que nos permite entender cómo evoluciona la cultura humana y cuán lejos está de la linealidad y carácter plano de una visión fiscalista de todo lo humano: uno de los enigmas mayores de nuestro tiempo, la misteriosa presencia por la cual las obras egipcias se unen a las estatuas de nuestras cate-

drales o a los templos aztecas, a los de las cuevas en la India o en China, a los cuadros de Cézanne y de Van Gogh, uniendo a los más grandes genios vivos y los más grandes genios muertos, en un lenguaje universal del arte que la Humanidad descubre en la primera civilización mundial.

Malraux es un autor de futuro, profundamente moderno, es un autor transgénero, que culmina su obra literaria en su ensayo crítico, y que adapta su pensamiento a las vivencias que decide compartir. Es un autor profundamente clásico en la belleza de las imágenes y escenas que recoge, en el gusto refinado de las formas que transmite, en la totalidad estética a la que aspira. Es fundamentalmente un humanista pragmático, y alguien que nos ha legado las más profundas reflexiones culturales sobre esos dos mundos que son Oriente y Occidente, el hombre europeo y el hombre asiático, en la obra que aquí presentamos, y que escribe en su juventud, entre 1921 y 1925.

Como dice José Vila Selma, experto cuya profundidad de conocimiento del autor francés es total, «la novela le llevó a construir el mito de la condición humana moderna, que no sabe cómo emplear sus posibilidades. La crítica cultural sirvió a Malraux para urdir la compleja trama de valores con andadura para nosotros, pero distintos de los que crearon la civilización» (Vila Selma, José «La libertad de la in-

teligencia y el pensamiento de André Malraux. A propósito de la aparición del volumen I de “La métamorphose des dieux”», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 104, agosto 1958).

Dice este experto, que *La tentación de Occidente* es el primer impulso del Malraux por renovar la revisión de nuestra civilización y cultura occidentales. Un impulso muy temprano, de su primera juventud. Revisar, profundizar todos los conceptos de la crítica histórica, de la psicología cultural, de la visión fisiológica de nuestra cultura, no es una tarea que pueda emprender cualquiera. Y así es. La vida de Malraux es una vida marcada por una inteligencia que consiguió una erudición asombrosa, que, como autodidacta, desarrolló milagrosamente a partir de su infancia y juventud, al cuidado de su madre y de su tía y abuela en un suburbio de París.

Una inteligencia sin duda excepcional y asombrosa le llevó a independizarse rápidamente e iniciar su vida cultural por libre en París con apenas 18 años. Allí, frecuentando los círculos literarios donde coincidía con Breton, Aragon, Paul Éluard o André Gide, y haciéndose un experto en la compraventa de libros y de ediciones raras, gracias a lo cual vivía, desarrolla una capacidad de percepción cultural que veremos reflejada ya en esta obra de juventud que el lector tiene en sus manos. En esos primeros años, se interesó especialmente por la cultura indochina y

asistió sin matricularse a la Escuela de Estudios Orientales. En poco tiempo se hará un erudito del mundo oriental. Su creación literaria se centrará mayoritariamente en el mundo de Oriente. La pasión por las formas artísticas más allá de Occidente la mantendrá toda su vida y en todas sus facetas, considerando que el dualismo Oriente-Occidente debía ser superado en una fase superior de la cultura humana. Un ciclo completo de peripecias vitales de lo más ricas enlaza directamente su obra final, en sus *Antimemorias*, y *La tentación de Occidente*.

Recordamos, en sus *Antimemorias*, cómo persiguió la estela de las formas artísticas de la cultura greco-búdica, que él mismo trajo a la atención europea, y que es el eslabón de enlace entre la cultura occidental, individualista y basada en la idea de persona, y la cultura oriental, de refinada sensibilidad impersonal y sutil en su desarrollo del mundo colectivo. Malraux nos ilustrará el milagro de la comunicación entre ambas culturas relatando cómo llegó a ver, en sus viajes, un resto de tela guardado en un tesoro oriental que contenía, le decían, manchas de la sangre del Gran Alejandro: el origen asombrosamente humano de un contacto cultural que favoreció el último rayo del esplendor griego, irradiado sobre el mundo asiático: un mito, el del buda de origen griego, que es la fusión de los conceptos de individuo de ambos cosmos culturales. «No hay un acto que prevalezca sobre la negligencia de las constelaciones o